

Melissa se sueña bella, envuelta en velos de seda que acarician suavemente su piel. Magníficos dibujos de henna recorrían sus brazos representando formas florales y geométricas que no dejaban de maravillarla.

La iconografía árabe le fascinaba porque decoraban los espacios domésticos como si se tratara de templos.

Cada simple objeto llevaba impresa la marca de esa fascinante cultura, mientras que en la suya el plástico lo había invadido todo.

Cuando era pequeña tenía un vasito azul por el que bebía y que le gustaba mucho porque se trataba de algo que le pertenecía en exclusiva, aunque cuando habían llegado a España se había dado cuenta de que por él el agua y la leche sabían fatal en comparación con los de cristal.

El olor tóxico del recipiente por el que había malbebido los cinco primeros años de su vida hacía que ahora le produjeran una aversión terrible las tiendas regentadas por chinos, y todas aquellas en que vendían los productos fabricados por ellos.

El mundo del plástico le resultaba falso y malvado, como el Mickey Mouse que tenía estampado su vaso azul.

Cuando era niña consideraba a aquel personaje uno más de la familia ya que se encontraba impreso en toda su ropa, incluso en sus braguitas.

Sin embargo, tras la ruptura de su padres, su inconsciente había demonizado a aquel ratón que en sueños se burlaba de ella.

Por esos motivos tan personales, aunque para muchos los Estados Unidos pudieran representar una especie de tierra prometida, para ella se trataba de todo lo contrario. En el 2003 había por las calles de Madrid una pintura de Aznar con orejas de Mickey que le encantaba porque también veía así a Bush junior, considerando la guerra en la que ambos se habían involucrado como el ciego afán por el petróleo de una cultura altamente tóxica.

La árabe, sin embargo, le fascinaba.

Le encantaba la danza del vientre, la gastronomía, la decoración...

Todo le parecía tan bello como los rostros de las mujeres árabes, las cuales se maquillaban haciendo de los ojos verdaderos cuadros.

Y es que la mirada representa una obra de arte pues sirve de vía de comunicación entre las almas.

El tema del velo le parecía controvertido, la verdad, pero a ella no le incumbía ya que no se había convertido a la religión musulmana por el momento.

Había que reconocer que en nuestra cultura el cabello tenía también una importancia crucial, ya que la clase social podía adivinarse por la cantidad de mechones y laca que una se pusiera encima.

En su caso había comenzado a cubrir las canas con henna que su marido traía de Marruecos.

Siempre, desde que era niña, había tenido una melena preciosa.

Aunque había sobrepasado los treinta, intentaba mantener su pelo sano y brillante, ya que para ella simbolizaba su bienestar físico y moral.

A pesar de que trabajaba muchísimo, era feliz porque amaba a su marido y adoraba a sus tres hijos.

En su sueño, cuando su cabello estaba siendo cepillado por mujeres con el rostro velado, sintió como si se produjera un terremoto.

Las paredes de la habitación se derrumbaban y su marido la llamaba a gritos con una voz realmente angustiada.

Trata de despertarse para ir a rescatar a sus hijos, pero inmediatamente se siente atrapada por un delicioso sueño del cual es incapaz de escapar.